

Jean recordaba aquel año como un paisaje de invierno. Cada vez que evocaba su partida, rememoraba la luz fría de Roubaix, Bordeaux y Buenos Aires, una luz invernal idéntica en ambos hemisferios.

Había nevado temprano en el norte: en la Grand-Place, convertida en un lodazal, los habitantes de Roubaix chapoteaban con el barro pegado a las botas. La nieve era del color de la lana sucia o del cielo bajo, cargado de nubes y vapores irritantes. La ciudad reanudaba sus actividades con la temerosa alegría de un paralítico que, de repente, recupera el movimiento. Después de cuatro años de ocupación y letargo, la gente recibía las primeras columnas de humo que emergían de las fábricas como la mejor señal de su despertar. La misma alegría que se había apoderado del país tras el armisticio seguía reinando aquel invierno en la Roubaix liberada, cuatro meses después.

Jean había visto la nieve blanca solamente durante la guerra, cuando le llegaban los ecos apagados de las explosiones del frente, a unos pocos kilómetros. Roubaix, prisionera, moría de hambre en un paisaje de irreal belleza. La ciudad, depurada de los desechos de una industria vacía, mostraba por fin los colores de la naturaleza, el verde de los prados y los inviernos inmaculados. Sin embargo, mientras el suelo transmitía los

temblores del cercano e invisible terremoto, Jean contemplaba la nieve. Con el estómago vacío, soñaba con ir a la línea de trincheras, reunirse con los soldados bajo el bombardeo, vengarse del enemigo alemán que los mantenía allí, demasiado jóvenes o demasiado viejos, desarmados y paralizados, fatalmente desanimados. Le había pesado su juventud, que lo mantenía a salvo como si fuera un cobarde. Había llegado a detestar el paisaje blanco de Roubaix.

Marzo de 1919 llegaba a su fin, en ese norte de Francia que recuperaba el bullicio de sus fábricas y la nieve sucia, cuando Jean llegó a Bordeaux en un tren de pasajeros que había partido de la estación de Saint Lazare. El frío era el de un invierno del sur, soleado pero mordaz. De París, solo habría conocido una estación. En Bordeaux no vio más que el océano. Apenas si tuvo conciencia de estar en los embarcaderos del Gironde: el aire tenía gusto a sal y el viento, que lo despeinaba, solo podía venir del mar abierto. Sobre la explanada de Quinconces, a propósito le dio la espalda a la ciudad, vanamente bella, y a sus edificios de piedra ennegrecida, desdeñando incluso la aguja del campanario de Saint-Michel, que parecía rasgar las nubes. Desestimó todo lo que dejaría atrás. A Jean, lo único que le importaba eran el puerto y sus ilusiones.

El *Massilia*, barco de la Compañía Sud-Atlántica de Navegación, que a un buen ritmo de veintiún nudos unía Francia con Río, Santos, Montevideo y el Río de la Plata, embarcaba a sus pasajeros. Su elegancia, la pintura lacada y brillante —negra en el casco, blanca en las largas barandillas y en los innumerables tubos de ventilación, ocre y negra en las tres chimeneas cuya magnitud revelaba la potencia de ese transatlántico de los mares del sur— maravillaron aun más al joven, que jamás había visto un barco ni el mar.

Jean se había despedido de Roubaix y de su juventud. Tenía veinte años y era el final de la guerra: creía que su vida entera quedaba atrás. Incluso sin combates y sin gloria, también era su guerra. Estaban los muertos. Su padre, Augustin Flamant, tejedor en un taller de la calle del Blanc-Seau, había caído en 1915 en la región de Champagne de Reims. El regimiento que comandaba había sido exterminado sin avanzar ni un paso sobre las pálidas y boscosas colinas de pinos, cerca de la Main de Massiges¹. El sobreviviente de una ofensiva cercana, que había disputado con los alemanes una granja funestamente llamada *Beauséjour*² —un compatriota del norte que trabajaba en Mascara, la gran industria tintorera de Roubaix—, había relatado durante mucho tiempo esa guerra que Jean había vivido sin conocer realmente, y cuyo eco estaba grabado en las calles del norte. Era el retumbar de los bombardeos que se extendía kilómetros a la redonda y alcanzaba hasta el corazón de Roubaix, donde, a pesar de la distancia, el suelo temblaba con la violencia de las explosiones y el choque de las artillerías. El obrero de las tinturas le hablaba de la árida y desolada tierra *champenoise*, de sus relieves ondulados, del horizonte interrumpido por los pinares y de los obuses Brandt o Boileau-Debladis que abrían verdaderos pozos en la polvorienta tierra caliza. Allí, los soldados franceses escondían sus uniformes mientras todavía eran azules y rojos, objetivos perfectos

¹ Es un antiguo campo de batalla de la Primera Guerra Mundial, cuyo relieve en forma de mano lo hizo estratégico y que hoy es un lugar de memoria y visita histórica en Francia.

² «Linda estaba».

para el enemigo. Jean escuchaba con respeto, con envidia, los recuerdos del hombre de Roubaix que había combatido en el mismo frente que su padre y que, para consolarlo, antes de alejarse hacia Mascara había dicho esa frase torpe o ingenua, propia de un soldado: «¡Mejor enterrado en la Champagne que en el cementerio de Roubaix!».

Luego, en 1916, le llegó el turno a su hermano mayor. Veintitrés años y hombros de atleta. Había estado en el taller desde siempre: el estrépito continuo de los telares lo había dejado ya casi sordo. Murió sin haber escuchado los sonidos de la guerra. Su oído solo había captado, de los disparos más cercanos y de las explosiones de las granadas, apenas una violencia atenuada e insignificante. Pero Jean había aprendido que el cerebro de los sordos registraba las sacudidas que no podían oír, y que las ondas de choque les atravesaban el cráneo. Apenas se había preguntado cómo era que había sido reclutado a pesar de su discapacidad: su hermano mayor era un patriota y, además, un combatiente siempre dispuesto a la pelea. Se había ido sonriendo, con un clavel rojo en la bayoneta, junto a los compañeros de su generación. Pero no llegó al frente. Un telegrama del Estado Mayor lo había devuelto a los suyos: había sucumbido por una meningitis, una noche, en el puesto de enfermería de la estación de Toulouse, donde esperaba ser trasladado.

Entre una y otra tormenta helada, Bordeaux recobraba su suavidad meridional: cuando el viento no arrastraba las brumas del Atlántico, transportaba los aromas de la campiña cercana, donde un sol pálido acariciaba los viñedos. Jean descubría el invierno de Bordeaux. El cielo era de un azul impe-

cable, y el aire cargado de sal levantaba en el río olas que parecían llegadas del mar. Las alas blancas de las gaviotas jugaban con la espuma. Jean, que nunca había cruzado la frontera del norte, el espacio urbano de tres ciudades unidas en una gigantesca metrópoli, que nunca había llegado a Bélgica ni a Saint-Amand-les-Eaux, y cuyo viaje más largo había sido caminar hasta el otro extremo de Lille, aspiraba con toda su fuerza ese aire nuevo y desconocido, que le punzaba la nariz hasta hacerlo llorar. Tenía las manos en los bolsillos del abrigo de paño negro que su padre usaba para los funerales, demasiado grande para su cuerpo demacrado, y entre las piernas su bolsa de ropa, cargada con algunos objetos heredados de Augustin y un tesoro escondido en el fondo: el libro más clandestino de Romain Rolland, cuyo pacifismo singular admiraba en secreto. Era *Más allá de la contienda*³, de caracteres desgastados y realmente mal impreso, que —mucho más que el abrigo o los chalecos de lana de Augustin— le recordaría a Europa aun cuando hubiera perdido en América hasta el recuerdo de su continente y de ese conflicto atroz. El libro, creía, sería su última reliquia.

Jean estaba fascinado por esa multitud que olvidaba la guerra, por el bullicio del puerto, donde su traje de luto llamaba la atención y donde, a cabeza descubierta, podía contar las diversas categorías de sombreros que atravesaban la pasarela del *Massilia*. A bordo, algunos oficiales de Marina de rostro curtido por el sol, se mantenían firmes, erguidos, tras la ba-

³ *Au-dessus de la mêlée*, manifiesto pacifista de Romain Rolland, publicado en 1915.

randilla del puente de embarque, con gorras de galones azules y dorados. En las cubiertas de proa y popa —y sobre el *roof*, murmuraba a sus espaldas un conocedor— se veían los pompones rojos de los marineros. Los operarios, con gorros de algodón a rayas, cargaban los baúles que viajarían en una sección reservada del casco, para que sus propietarios pudieran acceder a ellos: contenían la innumerable vestimenta de los pasajeros de primera clase. Entre los curiosos apiñados en el muelle, algunos llevaban boina, pero la mayoría portaba sombrero de fieltro marrón o gris, o un borsalino para los más acomodados. Jean aún recordaba ese tocado fucsia, el sorprendente turbante al estilo bizantino de una dama de Bordeaux. A la vez fascinado e irónico, se divertía diferenciando a los viajeros de primera clase de aquellos con los que compartiría la travesía. Sin duda, no estaría lejos del rincón del casco donde los estibadores apilaban los baúles más refinados. Las pieles claras de las mujeres y sus trajes de invierno de colores vivos, así como ese despliegue de lujo audaz que contrastaba con la multitud de emigrantes y pasajeros de tercera clase, parecían desafiar la estación y los lutos de la guerra; chocaban con su pudor de huérfano, pero al mismo tiempo lo cautivaban como un relámpago de risa al final de una tristeza. Esos atuendos llamativos le devolvían la alegría. Tanto que se sorprendió por el paso del tiempo: el *Massilia* tocaba la sirena, recordándole que él también partía. Hacia otro puerto y un nuevo futuro.

Se lanzó tras una figura encantadora, envuelta en una capa de marta cibelina. Con una mano, enfundada en un guante gris, sostenía la caja de un sombrero, mientras con la otra tiraba de una correa que sujetaba a un animal diminuto cubierto de seda

negra. Un chihuahua. Jean, que no tenía noción de tales refinamientos, estuvo a punto de pisarlo. Los ladridos desmesurados del animalito lo dejaron estupefacto. «Semejante sabueso...», murmuró, consciente de lo absurdo que sonaba. La dama, al volverse, se descubrió la cara, un rostro teatral, exageradamente maquillado bajo el tocado, con unos labios pintados que susurraron un ridículo: «Bonnie... *please...*», y unos párpados color malva clavados en dirección a los zapatos toscos del joven. «Solo ha visto mis pies», pensó Jean.

El paisaje de Roubaix se impuso por contraste, bajo el doble influjo del cielo lujoso y de la mujer, de la calidad del aire y del abrigo de piel. Roubaix, donde el cielo tenía el color de la pobreza y la nieve, siempre el tono apagado de los vestidos de su madre, el marrón opaco de las lanas baratas, lo suficientemente resistentes como para desafiar el tiempo. Fue el único color que le vio a su madre hasta 1915, cuando se puso de luto. La había dejado vestida de negro, endurecida por el dolor, negándose a llorar. Un rostro natural y sin maquillaje, enmarcado por cabellos blancos que recogía en un rodete, del que se escapaban algunos bucles que suavizaban sus facciones. Lo había acompañado hasta la estación, donde se había quedado mucho tiempo después de la partida del tren, una figura inmóvil, consumida, que se empequeñecía ante los ojos de Jean hasta desvanecerse rápidamente en la atmósfera gris de Roubaix.

«Volveré para buscarte, para llevarte a América». Su voz se había perdido con el estrépito de los vagones. Ella volvía sola a la calle del Blanc-Seau, al taller silencioso, abandonada por sus tres hombres: dos en el cielo, Jean pronto del otro lado del

mundo. Le daban un mes para recoger sus cosas. Ya vendidos la casa y el taller, iría a vivir con una parienta, a quien ayudaría en su pequeña mercería de la calle de Blanchemaille hasta que Jean, ya instalado en América, la llamara para ir con él. Se lo repetía a todo el mundo en Roubaix. El dinero de la venta y los pocos ahorros familiares los llevaba Jean consigo hacia ese país lejano, más allá de los mares, que en sus pesadillas estaba poblado de salvajes con plumas, pero que Jean le pintaba como una tierra de esperanza. No había dudado ni un instante en aceptar esa decisión repentina y brutal de partir. Comprendía la angustia de su hijo después de tantos duelos. Sabía también que su vida no sería como la de ella, ni como la de sus mayores. A veces se sentía culpable, al recordar a Augustin, por no retener a su hijo menor en la tradición del tejido, pero Jean no era como los demás. Predicaba la aventura como los monjes de antaño las cruzadas más sagradas. Augustin le decía: «Tu hijo sigue su propio camino; no es como nosotros».

No tenía ninguna duda de las virtudes de su hijo menor; lo respetaba y casi lo idolatraba. Por eso nunca se le había pasado por la cabeza intentar frenar su marcha hacia las Américas, donde lo perdería irremediablemente después del último sacrificio que él le había exigido: aceptar su partida. Las palabras de Jean, sus promesas de un futuro brillante, a veces le encendían las esperanzas, pero la vida no la había preparado para los milagros. En el fondo, no había creído nunca en aquellos parientes que hacían fortuna en las Américas, en aquellos países legendarios bañados de sol y oro, donde los dioses tenían nombres exóticos.

Aunque desconfiada, deseaba que tuviera éxito, y lo acompañaba de corazón en ese viaje que la aterrorizaba, esperando el día en que pudiera reunirse con él. Sin embargo, una tre-

menda duda le impedía compartir completamente la alegría del momento de la partida. Quizás ese invierno estaba perdiendo a su hijo, entre las tormentas de nieve que se mezclaban con el humo del tren de Roubaix a París y con sus lágrimas que le nublaban la vista. Jean agitó la mano. Por fin, encontró un asiento libre en el mismo sentido en que avanzaba el tren. Era su primer viaje. El mundo se desplegaba ante él.

Había seguido al abrigo de marta cibelina, cautivado por los aromas florales y los movimientos suaves y brillantes de esa piel irremediamente femenina, cuya suavidad invitaba a una caricia que no se atrevía a dar. En lo alto de la pasarela, se vio obligado a abandonarla: sus destinos se separaban. Jean cruzaría el Atlántico en el entrepuente del barco. Con un toque de humor algo triste, pensaba que dormiría a unos pocos compartimentos de la maleta de la dama. La siguió con la mirada: etérea y deslumbrante, vestida como una reina o un hada de las nieves. Los ladridos del perro no hicieron mella en su visión: frente al río que se asemejaba tanto al mar, frente al viento que le azotaba las sienes, Jean juró que algún día ofrecería su brazo a una mujer como ella.

Él nunca sería tejedor. Aborrecía los contactos más directos con el oficio: el estruendo infernal del taller, la monotonía del gesto que enhebra, desenhebra, bobina y rebobina, hace ir y venir, una y otra, vez las lanzaderas, levanta con el pie los lizos y los hilos de la trama. Era torpe y poco digno del nombre de los Flamant; apenas si lograba distinguir la trama de la urdimbre. Desde siempre, una sola cosa le importaba o, mejor dicho, solo una amistad: los libros. La misma inclinación que tenía su hermano mayor, desde niño, por sentarse en el taller,

jugando en un rincón, indiferente al ruido y fascinado por los movimientos del telar, la tenía él por los libros que prestaba la escuela. Le debía a su maestro de Blanc-Seau el haberle conseguido unas becas, haberlo inscripto en el liceo y alentado en ese camino tan raro y tan ajeno a la familia Flamant. Cada noche, su padre leía el periódico en voz alta para toda la familia. «Los estudios —gruñía— son cosa de burgueses».

Fue necesario todo el ingenio de Pierre, el maestro, y su prestigio de hombre justo y benevolente —más respetable a los ojos de Augustin que sus habilidades administrativas— para convencerlo de permitir que Jean siguiera ese camino improbable y sin duda costoso, porque no le reportaría nada al hogar durante muchos años. Su madre, fiel a su costumbre, lo dejaba hacer, pero un día expresó su preocupación: «Te avergonzarás de nosotros —le dijo—. Cuando tengas tus diplomas, ya no serás parte de nuestro mundo». Augustin, por su parte, había asentido con la cabeza: no aprobaba que Jean rechazara parecerse a ellos, ni ese gusto por los estudios que era para él una forma de rebelión, quizás incluso de desprecio. Para Augustin, la sabiduría no estaba en los libros.

Jean había depositado todas sus esperanzas en la escuela. Solo tenía que evocar el taller o el olor de la lana para ganar premios. Buscaba una forma segura de dejar Roubaix. Sería profesor de latín o de griego, y así olvidaría las tristezas del norte. Ese sentimiento de repulsión hacia su ciudad natal y hacia el trabajo que debería haber sido suyo, ese rechazo a la dureza, al cielo gris y los oficios agotadores y mal remunerados, estaban en él desde la infancia, aunque no entendía bien su origen ni por qué no era como su hermano. Quería tener éxito, ser rico y escapar del norte.

Estaba inscripto en las clases preparatorias para los estudios literarios cuando estalló la guerra y lo obligó a renunciar al curso de la Escuela Normal Superior, cuyo éxito habría coronado sus años de estudio, abriéndole de par en par las puertas de un futuro dedicado a los libros, la cultura y una confortable tranquilidad. Habría dado un paso hacia la burguesía. Esa consagración social, debida solo a sus méritos, le fue negada cuando ya se veía como un joven con un título prestigioso, festejado en los salones parisinos. Pero Roubaix estaba ocupada por los alemanes, y no había podido llegar a la capital, donde se realizaban los exámenes. Privado de la gloria reservada al guerrero que no tenía edad para ser, y de aquella que la sociedad destina a las mentes brillantes, se sentía doblemente desdichado e insignificante. Ni soldado ni profesor, veía su futuro roto: demasiado joven para la guerra, pronto habría superado el límite de edad para los grandes concursos. Nacido demasiado pronto o demasiado tarde, Europa lo traicionaba. Prefería partir. Intentaría en América el destino fabuloso de un Rastignac, de un Julien Sorel o de un Jean-Christophe⁴, jóvenes tan desdichados como él y nacidos para la conquista. Se iba para huir de un país que

⁴ Tres figuras emblemáticas de la literatura francesa que encarnan diferentes modelos de ambición y afirmación personal. Eugène de Rastignac (en *Papá Goriot*, de Balzac) representa al joven ambicioso que busca ascender socialmente adaptándose al orden establecido. Julien Sorel (en *Rojo y negro*, de Stendhal) simboliza la rebelión del talento contra las jerarquías sociales, movido por el orgullo y el deseo de grandeza. Jean-Christophe (en la novela homónima de Romain Rolland) es un artista idealista cuya lucha es interior y espiritual, en busca de autenticidad y sentido trascendente.

le ponía muchos obstáculos en el camino, pero también huía de un paisaje: de esas aguas grises, cansadas, desilusionadas, de los ojos de su madre, donde veía los estragos irreparables de un clima sombrío.

Así dejó Europa, bajo el cielo sereno y gélido de Bordeaux. Miraba el sol en el horizonte. Como no sería profesor, ni enseñaría jamás latín o griego, elegía la aventura en el continente de Eldorado. Navegaba hacia el sur a bordo del *Massilia*. Tres semanas fuera del tiempo en las que recibió, con toda claridad y ensueño, amor, gloria y fortuna, entre las grandes olas azules que surcaba el barco, al ritmo de los vales y tangos que, arriba en el piso de lujo, tocaba la orquesta de la primera clase durante las tardes. Se embriagaba de océano.

Pero 1920 lo condenaba al frío. El invierno, olvidado a bordo, lo atrapó en Buenos Aires.

Era el mes de mayo. Jean, que desestimaba la lógica de los husos horarios y el desfase de las estaciones en diferentes partes del mundo, en su rol de literato y con toda la ingenuidad de quien nunca ha salido de su ciudad, creía estar llegando a un verano austral. Había soñado con el calor exótico del hemisferio sur y, estupefacto y contrariado en sus fantasías, desde el puente del *Massilia* descubría la Argentina bajo otros presagios. Mal protegido bajo un toldo del transatlántico, empapado por la lluvia torrencial, miraba con consternación cómo los embarcaderos de Buenos Aires se cubrían de un agua apenas menos turbia que la del inmenso río sobre el cual navegaba.

En pleno océano, de hecho, se había imaginado cómo sería la llegada al estuario más grande de América, la unión salvaje del Paraná y del Uruguay. Se había inventado una Argentina amorosa, cariñosa y sublime, a imagen y semejanza de las

aguas del Río de la Plata. Río de plata... Como el nácar de los peces relucientes del Atlántico que saltan las olas, o como el manto de un hada. Río de la Plata... Desde la proa del barco, a cada hora del día, buscaba su porvenir hasta perderlo de vista: era una estrella la que aparecía. La Argentina, un espejismo con destellos de piedra lunar. El Plata... Jean sucumbía al encanto de ese nombre.

El río, cuyas aguas ensuciaban el casco del transatlántico, resultó ser un lodazal, profundo y móvil como el océano, pero opaco y amarillo como el barro. El Plata comenzaba en ese pantano animado por las olas. El cielo bajo oprimía la masa urbana con un pesado manto de plomo. No había sol. Jean ya no sentía el olor a yodo. La ciudad se alzaba, inmensa, envuelta en espesas neblinas.

Todo un mundo gris y sombrío volvía a él, un entorno familiar que se había desvanecido durante la travesía. Se reencontraba con la luz del Norte.

